

SU MAYOR SACRIFICIO

Novela cinematográfica



20 cts.

JAMES GORDON EDWARDS

SU MAYOR SACRIFICIO

(HIS GREATEST SACRIFICE, 1921)

Edición Fox Film

Programa Verdaguer

Protagonizada por el genial artista William Farnum

Se titula esta obra maestra de la cinematografía americana «Su mayor sacrificio» porque no puede pedírsele mayor a un hombre que tiene al alcance de sus brazos a su hija, cuya separación ha llorado durante veinte años, y a su encantador nietecito y no puede estrecharlos contra su pecho por temor a comprometer el porvenir de ellos.

PUBLICACIONES «CINE-REVISTA»

Viladomat, 108 - Barcelona





I

EL HOGAR DE UN NOVELISTA

El hogar del célebre escritor Ricardo Hall, hombre bondadoso, cuyas novelas adquirían día por día mayor celebridad, era un hogar venturoso. Los más puros ideales del gran novelista, cuyas obras transparentaban su alma noble y virtuosa, constituíanlos su esposa Mercedes y su hija Alicia.

En el momento que empezamos nuestra narración saborea Hall la embriaguez de la gloria. Lleno de alegría aprisiona entre sus manos nerviosas una carta de su editor, que dice así:

“Señor Ricardo Hall. Mi querido colaborador: Me complazco en participarle que sus novelas alcanzan cada día mayor aceptación. Adjunto se servirá usted encontrar cheque por 1000 dollars en pago del original que nos remitió ayer. Como siempre quedo a sus órdenes atto. y S. S. Graham, Editor”.

No pudiendo contener el júbilo que inunda su alma, abraza a su hijita, exclamando:

—¡Qué felicidad, nenita mía!—me mandan mayor cantidad de la que yo esperaba, y sintiendo el noble y legítimo orgullo de su celebridad acude a comunicar a su esposa la tan agradable noticia.

Mercedes, esposa de Ricardo Hall, merece capítulo aparte.

Mostró desde su infancia decidida afición al canto y perfeccionada la excelente voz con que la dotó la pródiga Naturaleza ha conseguido un puesto como tiple en el coro de la iglesia, siendo su voz justamente alabada por todos aquellos inteligentes que la han escuchado, estando acordes en vaticinarla un porvenir en la escena lírica. Tan brillante perspectiva ha excitado el amor propio de Mercedes que, convencida de que sacrifica su extraordinario valer a las necesidades prosaicas del hogar, siente cada día mayor desapego hacia su esposo y su hija.

Ricardo acude a su encuentro ostentando como bandera victoriosa en el combate de la vida la carta del editor y el cheque que la misma contenía.

En un impulso que refleja su corazón amante, abraza a su esposa, diciéndola conmovido:

—Pronto veremos realizadas nuestras aspiraciones; yo alcanzo la cima de la notoriedad como escritor y tú recibes cada día numerosas felicitaciones por tu prodigiosa voz...

Y para demostrarla que se precocupa de sus facultades artísticas, dícele con cariñoso acento:

—Date prisa o llegarás tarde al ensayo...

Mientras Ricardo despide a su esposa, la pequeña Alicia, a la que ninguna consideración merecen los trabajos literarios de su padre, ha volcado un tintero encima de unas cuartillas originales, obligando a su padre a reconvenirla ligeramente con un tímido reproche:

—¿Esa es la consideración que te merecen las obras literarias de tu papá que tanto te quiere?

Como de costumbre, Mercedes canta aquel día en la catedral, repitiéndose las demostraciones de admiración que tanto halagan el orgullo artístico de la joven esposa, que es el germen destructor del hogar de Ricardo Hall. Mas éste que lo ha comprendido ha logrado conseguirle una contrata a fin de que pueda obtener la certeza de que verdaderamente reúne las condiciones exigidas a una cantante de ópera.

Efectivamente, cuando Mercedes regresa de la catedral de cantar, Ricardo, aparentando la mayor indiferencia cuando en realidad le produce cierto recelo que su esposa se decida a pisar un escenario, la dice:

—Para complacerte he logrado que te contraten para cantar en el concierto "Dexter". Será la primera vez que aparecerás en público... no quiero oponerme a que pruebes tus facultades... Y examinando atentamente el rostro de su esposa prosiguió lentamente Ricardo Hall:—Seguramente te ofrecerán alguna ventajosa contrata puesto que, según tengo entendido, asistirán los primeros empresarios del mundo...

No necesitaba más Mercedes para sentirse dispuesta a dar la suprema batalla a sus indecisiones, cantaría, procuraría rayar a gran altura y ¿qué duda cabe de que sería aclamada con entusiasmo y las contratas más ventajosas le serían ofrecidas a montones?

ALMAS SEPARADAS

Llegó el día fijado para la celebración del concierto Dexter y ante un público selecto, compuesto en su mayoría por músicos y cantantes, debutó Mercedes. Hallábase entre los concurrentes el señor Harry Tucker, agente artístico, especializado en la contratación de artistas noveles, y que al instante adivinó en la esposa del escritor una voz maravillosa destinada a entusiasmar a los públicos de Europa, cuyo fallo temen los que no cuentan con excepcionales facultades.

Inmediatamente Tucker logra ser presentado a Mercedes y la explana sus proyectos para con ella, dejándola entrever un porvenir de brillantes victorias escénicas.

Ella contesta evasivamente primero, mas luego deseando no desperdiciar esta ocasión, única en su vida, recomienda a Tucker que hable con su esposo y procure recabar de él la necesaria autorización.

Mercedes logra que su marido dé su autorización aunque a regañadientes, pues le desagrada ver a su mujer en el escenario de un teatro y Tucker aprovecha esta ocasión para prepararla y hacer de ella una futura gran cantante.

Han pasado algunos meses, durante los cuales Mercedes ha adquirido los conocimientos que le eran ne-

cesarios para completar su educación artística y se prepara a presentarse en un concierto al que deben asistir para juzgarla los mejores críticos y empresarios del mundo entero.

Tucker, que se ha convertido en su agente artístico, le habla con entusiasmo de su nueva y próxima presentación, diciéndole:

—Al concierto Dumont asistirá el señor Ambroise, empresario parisién que necesita para la próxima temporada de ópera una estrella para poder sostener la atención y entusiasmo del gran público parisién.

Una de las principales observaciones que su agente artístico Tucker hace a la esposa de Ricardo Hall, es la de que evite por todos los medios tener disgusto alguno que pueda alterar sus nervios porque, según le ha enseñado la experiencia, esta es la causa determinante de que la mayoría de las artistas líricas pierdan sus facultades.

Mercedes había sentido ya en su alma la ambición de la notoriedad y a medida que iba viendo más cercano el día de su triunfo, distanciábase de su esposo al que sólo como un deber, a que estaba obligado para contribuir a su fama, le pide que la escriba una de sus más inspiradas producciones para interpretar-la cuando esté ya en la cima de la notoriedad.

La frecuente relación que por motivo de su profesión artística debe sostener Mercedes con Tucker no es del agrado de Ricardo Hall que siente nacer en su alma el veneno de los celos que destruye la paz de su hogar. Las atenciones que el agente guarda

para con Mercedes se exteriorizan en forma que motivan entre el matrimonio discusiones frecuentes.

Ya se trate de un ramo de flores que Tucker le haya ofrecido o de los viajes que ésta realiza con frecuencia a casa de su manager, siempre a los ojos de Ricardo toma proporciones gigantescas y la duda anida en su mente... En vano trata de convencer a su esposa de que lo único que Tucker ve en ella es un motivo de explotación y un medio de ganar lindamente dinero gracias a su fama. Mercedes tiene en él ciega confianza y escucha sus palabras halagadoras y acepta las indicaciones que él le hace relacionadas siempre con el próximo porvenir de gloria del que ya no duda bajo ningún aspecto.

En el seno de aquel hogar, antes nido venturoso de paz y amor, se cruzan diálogos como el siguiente:

—¿Por qué guardas estas flores que te regala Tucker... no te bastan las mías?

—No lo interpretes equivocadamente; todo se reduce a sencillas atenciones diplomáticas, me conviene estar bien con él y sus palabras no traspasan nunca los límites de la corrección...

—Estoy convencido de que este hombre busca en tu voz un medio de vivir él cómodamente.

—Estás equivocado, gracias a él mi arte sublime saldrá de la obscuridad y brillará en los primeros coliseos del mundo...

—La voz no se la debes a él... de todos tus contratos cobrará una crecida suma como mediador y tus consideraciones para con él me parecen excesivas.

Exasperada Mercedes por la manera de hablar de

su marido al que asiste la más completa razón, pues en efecto, desde que se ha sentido acreedora a los aplausos del mundo entero, ha dejado lamentablemente olvidado su hogar, le contesta en tono desabrido:

—Si persistes en tu manía de mezclarte en mis asuntos vas a comprometer mi próximo éxito en el concierto Dumont...

—¡Mercedes!

Este único nombre sale de la garganta de Ricardo, cuya ira ahoga la voz. Luego, serenándose, prosigue:

—Comprendo que me dejes arrastrar por mi apasionamiento, pero no puedo permitir que u nextraño destruya la paz de nuestro hogar.

En aquel momento la pequeña Alice interviene, diciendo:

—Mamá, no hagas enfadar a papá que te quiere tanto...

La presencia de su hija recuerda a Ricardo los sagrados deberes de madre de los que Mercedes hace caso omiso y su indignación llega al paroxismo cuando ésta agrega, dirigiéndose a la niña; pero acentuando las palabras para que su esposo se dé por aludido...

—Déjame, niña, ¿tú también quieres ser un *es-torbo* para mí...?

Para Ricardo estas palabras constituyen una ofensa y sintetizando su manera de pensar, exclama:

—Procura que no llegue el desgraciado día en que esta niña deba avergonzarse de su madre...

Sorda a las palabras de su esposo, Mercedes, como única razón, replica:

—Si pretendes con tus disgustos continuos, alterar mis nervios y destruir mis facultades, estimo preferible que nos separemos... comprenderás que no puedo en modo alguno renunciar a mi porvenir; mi vida pertenece ya al arte...

Un silencio de muerte siguió a estas palabras... Ricardo comprende que para su esposa los aplausos de un público veleidoso son preferibles a las tiernas caricias de su hija y al calor del hogar, cuyo fuego sagrado va extinguiéndose...

Desde aquel momento, sin necesidad de tramitaciones judiciales, ni pleitos interminables, la separación de los dos esposos era un hecho inevitable... las almas están hondamente divorciadas.

En el concierto Dumont, como no podía menos de suceder, la voz maravillosa de Mercedes obtiene un señalado triunfo y Tucker está loco de contento ante la perspectiva de los buenos contratos que podrá obtener gracias a la celebridad de su protegida. En efecto, el empresario Ambroise la contrata en ventajosas condiciones para una temporada de ópera en París, donde espera obtener un ruidoso triunfo. Mercedes reconoce que hubiera cantado mejor a no ser por hallarse disgustada por la discusión sostenida con su esposo.

Ricardo Hall busca olvido y consuelo junto a la mujer que más le quiere en el mundo: su bondadosa madre, que es para él confidente de sus penas...

Ricardo no puede soportar por más tiempo la cruel

separación de su esposa a la que ahora y por la que se había sacrificado dedicándole con entusiasmo todo el fatigoso trabajo que ocupa por completo su existencia.

Para intentar reconciliarse con su esposa y atraerla de nuevo a su hogar, Ricardo la escribe la siguiente carta:

“Querida Mercedes: En nombre de nuestro antiguo amor, te suplico me concedas una entrevista de sumo interés para los dos. Va en ello la felicidad de nuestra hija Alicia. Necesito una inmediata respuesta.—Ricardo.”

Pero ocurre que esta carta cae en poder de Tucker, que, juzgando sumamente peligroso para sus intereses el que Mercedes la lea, la inutiliza. Ricardo, al no tener respuesta, supone que Mercedes no se ha dignado contestarle porque le desprecia y esta creencia le desespera, sugiriéndole la idea de dirigirse personalmente a su esposa para pedirle explicaciones por su silencio.

Mientras transcurren estos hechos visita el novelista a su editor, el cual le recibe con una frialdad inexplicable para Ricardo. Pero pronto halla éste la explicación de la fría acogida.

Las novelas que Hall produce ahora son muy distintas de las de antaño; en aquéllas vibraba la alegría, el amor al bien, a la vida. Las últimas rezuman el pesimismo más desolador e inician a veces un descreimiento en la eficacia del bien. Los mismos lectores están extrañados de la variación sufrida en el estilo del gran escritor, que, sin darse cuenta,

refleja en las páginas de sus obras su estado de ánimo, abatido por las adversidades que le azotan tan cruelmente...

Ricardo, amargado íntimamente, promete enmendarse y orientar de nuevo sus obras hacia la alegría de vivir. La triste decepción demuéstrale a dónde le conduce la separación de su esposa que ha trastornado su existencia empujándole hacia un caos espantoso.

III

LA FATALIDAD

La tarde muere mansamente, llena de paz, dejando en el ánimo una impresión de nostalgia.

Ricardo Hall, que se ha refugiado en casa de su madre, como buscando en el sagrado amor maternal un lenitivo a su sufrimiento, medita sin poder sacudir de su mente las ideas que le atormentan. Durante esta meditación, por un maravilloso caso telepático, el escritor tiene la impresión indudable de que Mercedes, la ingrata amada, corre un gran peligro, y bajo esta idea, se encamina sin perder momento a casa de Tucker.

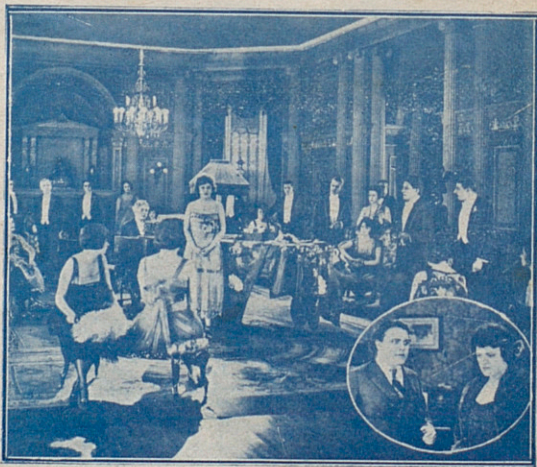
No le engañaba el misterioso mensaje que sólo la telepatía puede explicar; Tucker, bajo pretexto de hacerle firmar un contrato, insinúa sus torpes deseos, y ante la negativa de ella, intenta conseguir por la fuerza su consentimiento...



El hogar del célebre escritor Ricardo Hall era un hogar venturoso... (Pág. 3)



A la vista del criado que acude atraído por la detonación, el escritor exclama... (Pág. 14)



Llegó el día fijado para la celebración del concierto Dexter y ante un público selecto... (Pág. 6)



Llamóle el director del correccional y le dijo: «... su sobre madre ha muerto...» (Pág. 16)

Tucker, para conseguir que Mercedes olvide definitivamente a su esposo, prepara un viaje a París para hacerla debutar en uno de los teatros más célebres de la capital del mundo del arte, y ella accede a sus requerimientos, disponiéndose a emprender el viaje aceptando el contrato.

En aquel momento penetra Ricardo en casa de Mercedes, que, sorprendida por su brusquedad, puesto que ignora le haya escrito una carta, le pregunta:

—¿Por qué penetras en mi casa como un loco, atropellándolo todo?

A lo que contesta Ricardo, fuera de sí, hermoso en su cólera que le inunda el rostro de destellos que infunden pavor:

—Tal vez tengas razón en llamarme loco; pero tú eres la culpable de mi locura...

Y, dirigiéndose a su esposa, pues, si bien Tucker estaba con ella ultimando los preparativos del viaje, se ha retirado prudentemente, añade:

—¿Y es así cómo escuchando los consejos de este explotador de celebridades te has olvidado por completo de que tienes un hogar, una hija y un esposo, cuyo buen nombre debes conservar?

Mercedes no le contesta; es tanta la obcecación por su parte, que prescinde de sus más caros afectos para poder brillar en el escenario. Así, con acento de profundo desdén, le replica:

—Afortunadamente mañana embarco para Francia y, por lo tanto, ya no podrás interponerte como un obstáculo en el camino de mis éxitos...

Estas hirientes palabras, son la chispa que hace estallar la pólvora.

Ricardo ruge más que grita:

—He venido para llevarle de nuevo a nuestro hogar, junto a nuestra hija que tiene derecho a los cuidados de su madre...

Y como Mercedes vacila iniciando una oposición al expreso deseo de su esposo, éste agrega:

—No te opongas a mi legítimo derecho, o dentro de un instante compareceremos los dos ante la justicia divina...

Tucker, que ve perdido su negocio si Mercedes accede a los ruegos de su esposo, intenta evitarlo, saliendo de la habitación en que estaba escondido y desde la que seguía el curso de la discusión...

Ricardo, ante la odiosa presencia de aquel hombre, que ha sido tan poderoso factor de su infortunio, cegado por los celos y enloquecido ante la ira que le produce la ingerencia de aquel extraño en sus íntimos asuntos, dispara un revólver contra Tucker, produciéndole la muerte instantáneamente. A la vista del criado que acude atraído por la detonación, el escritor exclama dolorosamente:

—¡Ha ocurrido lo inevitable!

La justicia humana necesitaba cobrarse la muerte de aquel hombre, y Ricardo hubo de pagar en una larga condena aquel momento de obcecación que le había cegado, y el mismo día que Mercedes obtenía su mayor triunfo, el que había sido durante mucho

tiempo la figura literaria de su época, salió para obscuro presidio donde debía purgar lo que la sociedad consideraba delito cuando en realidad no era otra cosa que haberla librado de un ser repugnante, cuya única preocupación en vida era escapar a todo trabajo honrado.

Entre tanto, en casa de la madre de Ricardo Hall reina la mayor tristeza; la pobre viejecita no puede olvidar la desgraciada suerte de su hijo, cuya ausencia le ocasiona un gran sufrimiento. Sus lamentaciones son continuas.

—Jamás hubiera creído que al despedirme aquel día de mi hijo, le diera el último adiós—exclama a menudo.

Únicamente la presencia de su nietecita Alice le proporciona fugaces momentos de alegría.

En la prisión donde debe permanecer durante veintidós años, para poder obtener el perdón de la sociedad, Ricardo observa una conducta tan ejemplar que el director de la misma le llama a su despacho para decirle:

—Me es conocida su buena conducta, por la que le felicito y me apena al mismo tiempo tener que comunicarle esta desagradable noticia. Y procurando quitar a sus palabras la brutal sorpresa que en ellas se encierra, dícele:

—Su madre está enferma de algún cuidado, y en obsequio a usted le facilitaré un permiso para que pueda visitarla, bajo palabra de honor de que no intentará evadirse.

Ricardo no encuentra palabras con qué expresar

al director su agradecimiento, y le dice lleno de profunda emoción:

—Mi vida me parece poco, señor director, para recompensarle su cariñoso proceder.

Mas el hondo pesar había minado la existencia de la pobre madre; mientras su hijo preparábase para ir a visitarla, ella se encontraba en compañía de Alicia, su nietecita, con la que estaba jugando. De pronto la niña notó que los ojos de su abuelita se fijaban en un punto invisible para ella y que permanecía largo rato sumida en profundo silencio. Inquieta y extrañada, Alicia le pregunta:

—¿Qué te pasa, abuelita? Mira, el perro te pregunta una cosa y guiña el ojo, dile algo.

Mas era inútil, la venerable anciana, herida de muerte por el dolor de saber que a su hijo le habían encarcelado, había entregado su alma al Creador.

Cuando Ricardo disponíase a salir del correccional para correr junto a su madre, recibióse un segundo telegrama, llamóle el director y díjole:

—Desgraciadamente el viaje ya no es necesario. Su pobre madre ha muerto.

Llena el alma de profundo pesar, como un autómata, regresó al prisionero lentamente a sumirse en la tristeza de su celda.

* * *

...Han pasado quince años; Alicia ha sido puesta como interna en un colegio, creciendo en la rígida soledad de las aulas, sin una mano amiga que afec-

tuosamente la cuidara, movida por el calor de los sagrados vínculos familiares. Debido a este aislamiento, Alicia se encontraba siempre sumida en profunda tristeza sin que mitigaran su aguda melancolía los juegos y diversiones a que se dedicaba en unión de sus compañeras.

Mas en cierta época del año, cuando acercábanse las vacaciones en que todas las alumnas regresaban a sus casas donde les esperaba el cariño de los suyos, ella encontrábase más sola que nunca, a pesar de la amabilidad con que era tratada por parte de las directoras del colegio.

En tanto, mientras su esposo sufría dura condena y su hija huérfana de cariño, languidecía en el convento, Mercedes obtenía ruidosos triunfos en los escenarios más notables del mundo, consiguiendo nuevos laureles que acrecentaban su fama.

Así transcurrieron diez años más. Mercedes retiróse de la escena, al sentir que las facultades la abandonaban y ver próximo el ocaso de su arte excelso. Alicia seguía en el pensionado, cuyos gastos satisfacía el filántropo Reed que en ocasión de repetidas visitas que le hacía enamoróse de la joven, pero ocultóle su amor porque sabía que ella estaba próxima a casarse con el joven Oliver, al que ya conocía desde su infancia.

Mas este matrimonio, del que tuvo una hija, fué de escasa duración, porque al año de verificado falleció el señor Oliver, debiendo recurrir de nuevo Alicia, a los caritativos sentimientos del señor Reed, que la hospedó en su casa, ofreciéndola el cargo de

secretaria que ella desempeñaba con extraordinario acierto.

Todos estos acontecimientos tuvieron lugar durante el cautiverio de Ricardo Hall, que ignoraba por completo lo que había sido de su esposa y de su hija.

Llegó por fin para Mercedes la ingrata esposa, el ansiado día para ella de regresar a su patria, llevando como recuerdo de sus triunfos una cuantiosa fortuna.

Separada ya de la vida viciosa del teatro su primer pensamiento al pisar la tierra natal, fué para su hija Alicia a cuyo encuentro acudió el mismo día de su llegada. Después de innumerables gestiones llegó a enterarse de que había permanecido hasta su mayor edad en el pensionado protegida generosamente por el filántropo Mister Reed y luego se había casado con el Sr. Oliver, mas al fallecer este señor dejando de su matrimonio una niña, Alice había vuelto a ser recogida por el Sr. Reed que la tenía en su casa empleada como secretaria.

Al día siguiente, preséntase Mercedes en casa del Sr. Reed preguntando por la señorita Alice Hall. Al hallarse frente a ella, no puede contener su afecto maternal tardíamente despertado en su corazón y al comunicar al Sr. Reed el objeto de su visita, éste no oculta su sorpresa, pues no tiene la menor noticia de que su secretaria intente abandonarle.

Para convencerse de su error, Reed llama a Alice a su despacho, y al hallarse frente a frente de su

hija, exclama Mercedes intentando lanzarse a sus brazos:

—¡Hija mía! ¡abrazas a tu madre!

Alicia, aunque sorprendida de momento, recobra pronto el dominio de sí misma y se dispone a lanzar al rostro de su madre los reproches largo tiempo reprimidos.

—Mi madre murió para mí; quien durante veinte años ha podido vivir sin su hija, no merece tan sagrado nombre— dice con acento de vibrante indignación Alicia.

Estas palabras producen hondo efecto en la madre de Alicia. Mas, ésta, sin dejarla reaccionar, prosigue:

—Como usted me ha olvidado también la borré yo de mi corazón. ¡Su hija!... Cuando yo vivía en la mayor pobreza, usted triunfaba en la escena por la que olvidó sus sagrados deberes de madre. Yo también lo soy; y en las noches de dolor, junto a la cuna de mi hijo la maldije para siempre.

Las frases indignadas de Alicia han abatido el ánimo de Mercedes que, comprendiendo se halla en la expiación de sus ligerezas, sin atreverse a balbucear una excusa siquiera, sale lentamente de la estancia.

IV

SU MAYOR SACRIFICIO

Ricardo, que así se llamaba el hijo de Alice, a quien se le había impuesto este nombre en recuerdo de su abuelo, celebraba su cumpleaños, y el Sr. Reed,

conforme le había prometido le regala un magnífico ferrocarril.

Desde largo tiempo el Sr. Reed ocultaba en el fondo de su alma aun volcánico amor por Alicia y no pudiendo contener su silencio, eligió aquel día para hacerle sus confidencias.

Rogóla que accediera a ser su esposa y ella no se atrevió a despreciarle dejándole en la creencia de que su proposición había sido bien atendida y que tarde o temprano podría realizar su ilusión de casarse con la joven a la que amaba doblemente por su belleza y por su desgraciada suerte.

Mientras tanto, cumplida su condena, Ricardo Hall había salido de presidio y dedicóse a buscar colocación sin poderla hallar a pesar de sus esfuerzos, por lo que, agotados sus escasos recursos, se ve obligado a implorar la caridad pública. Uno de sus antiguos amigos le indica al Sr. Reed como persona caritativa que siempre se ha distinguido por su inclinación a socorrer al descalido.

Animado por esta esperanza, Ricardo Hall le visita, y mientras conversa son él, se da cuenta de un retrato que aparece en uno de los muebles y que le produce inesperada emoción al ver que se trata de su madre.

Ignorando, como ignora Ricardo, que se halla a pocos metros de su hija, no acierta a explicarse el por qué, y la fuerte impresión recibida le produce un profundo malestar viéndose obligado a retirarse, suplicando a la secretaria del Sr. Reed, que como se recordará, es su propia hija, que le dispense.

Sin embargo, Ricardo, atraído por la circunstancia de permanecer aquel retrato en casa del filántropo, penetra furtivamente en ella, y cuando se halla examinando el retrato de su madre, su hija le sorprende, y asustada por la presencia de aquél que ella juzga un desconocido, intenta gritar, conteniéndola Ricardo con un gesto y contándole luego el verdadero objeto con un gesto y contándole luego el verdadero objeto de su visita, que no es otro que el de averiguar por qué extraña coincidencia su amada madre es venerada en aquella casa hasta el extremo de que su retrato figura en uno de los sitios preferentes del salón.

Al responderle Alicia que es el retrato de su abuela, comprende que se halla en presencia de su hija, y no pudiendo guardar su secreto le confiesa su verdadera personalidad desarrollándose entre padre e hija una conmovedora escena, permaneciendo abrazados largo rato sin poder pronunciar palabra.

Ricardo se cree obligado a dar una explicación y refiere a su hija la triste odisea de su vida, el abandono de que le hizo objeto la madre de Alicia, las penalidades sufridas en el injusto cautiverio y la constante incertidumbre de no poder volver a reunirse con seres que le eran tan queridos...

Por todo comentario Alicia le dice:

—Padre mío, siempre pensé que me quería mucho...

Las lágrimas brotan a raudales, bañando el austero semblante de Ricardo, cuyos cabellos blancos dan a su fisonomía fulgores de santidad...

Convencida de que la felicidad que ansiaba la encontrará junto a su padre, Alicia le confiesa que si

bien el Sr. Reed le ha pedido su mano, ella prefiere rechazar tan ventajoso enlace y permanecer a su lado...

Mas Ricardo que comprende que su pasado puede ser un obstáculo a la felicidad de su hija, reprimiendo la voz imperiosa de su corazón, le dice:

—Sigue tu vida, hija mía, cástate con Reed, que es un corazón excelente... y procura que ignore siempre quién es tu padre... Y luego, fingiendo una resignación que está muy lejos de sentir, añade: —Deja que de lejos, como en un sueño, siga anhelante vuestra vida guardando mi secreto para no interrumpir vuestra felicidad.

Mas Alicia le ataja.

—No puedo vivir sin tí, papá; cuando vuelvas esta noche estudiaremos el medio de arreglar nuestra futura vida...

Sin embargo, decidido a no ser un obstáculo a la felicidad de su hija, Ricardo se dispone a abandonarla para siempre, y antes de marchar quiere contemplar por última vez a los seres que le eran tan queridos... aquel nene que para aumentar su dolor, se le parecía tanto...

Mas el destino dispuso las cosas a su antojo. Mientras atisbaba por la ventana, un policía, creyendo que acechaba el momento propicio para asaltar la morada, le detuvo...

Inmediatamente le conduce al interior de la casa de Reed, donde es interrogado... Días después es conducido a presencia del juez.

Ricardo Hall ha hecho propósito de negar el ver-

dadero motivo que le indujo a penetrar en la mansión de Reed, prefiriendo pasar por un ladrón antes que comprometer el porvenir de su hija adorada.

Firme en su decisión que le destroza el alma, cuando Alicia le quiere obligar a que confiese la verdad diciendo que aquel hombre es su padre, él lo niega resueltamente.

Pero Alicia idea un ardid recurriendo al pequeño Ricardo, el cual, arrojándose al cuello de su abuelo le dice:

—Abuelito, no te vayas... Ven a casa con nosotros. Jugaremos los dos y me contarás bonitas historias...

Ricardo Hall se resiste, pero las dulces caricias de su nietecito hacen flaquear la fortaleza de su sacrificio y al fin, vencido por el amor de los suyos, con lágrimas que le abrasan los ojos y estrechando contra su corazón al hijo de su adorada Alicia, confiesa:

—Este niño ha vencido mi decisión... Sí, yo soy el padre de Alicia y éste es mi nieto... Se llama Ricardo, como yo...

En su voz temblorosa por la emoción, refléjase la satisfacción de poder proclamar este íntimo parentesco. Luego, reuniendo en sus brazos robustos todavía a su hija y a su nieto, exclama ebrio de alegría y felicidad:

—¡Estos besos bien valen una vida entera de sufrimiento!...

Tardía e incompleta reparación a las amarguras de que la vida cruel le ha hecho objeto.

FIN.

4. 19-26/8

La falta ajena

Interesante novela basada en un drama de la vida moderna, según el libro de Santiago Oliver Palet. Consta de 48 páginas con escenas ilustrativas y cubierta a colores. 40 céntimos

Su mayor sacrificio

Dramática obra de la Fox Film, interpretada por el genial William Farnum. 24 páginas con encaje de escenas y cubierta a colores. 20 céntimos

La verdadera felicidad

Superproducción de la Fox Film, protagonizada por la famosa artista Perla Blanca. 20 céntimos

Seguirán otras obras basadas en asuntos interesantísimos